

BILL PRONZINI Y MARCIA MULLER

DOBLE



E T I Q U E T A



N E G R A

Una experiencia literaria notable. Dos autores: Marcia Muller / Bill Pronzini, dos detectives: El Sin Nombre y Sharon McCone.

* * *

“De vez en cuando y pocas veces, te topas con un escritor cuyo trabajo te gusta instintivamente; ahora, por casualidad he encontrado uno. Bill Pronzini... Tengo una simpatía básica con este detective privado, cincuentón, gordo, amoroso y anónimo. Cómpralo, léanlo y relájense. Mejor que un baño sauna.”

Los Ángeles Times

NOTA

Bill Pronzini es sin duda uno de los renovadores de la literatura criminal dedicada a los detectives privados, un género que había quedado gravemente herido tras el abuso postchandleriano de los años 60.

Pronzini, un recalcitrante promotor del subgénero, a través de su obra, de novelas en colaboración, de antología y ensayos, fue a la búsqueda del mito del detective privado, como uno de los pocos mitos norteamericanos dignos de salvación.

Individuo solitario, moral de vengador aislado, rescate de la justicia unipersonal contra la ineficiente (o eficiente) injusticia del sistema. Soledad vengadora, en suma.

Pronzini tiene mucho de esto en su propia biografía. Nacido en 1943 en un pequeño pueblo de California, escritor precoz, terminó sirviendo de «negro» de varias editoriales, entre ellas una organización editorial que producía porno, para la que trabajó en Menorca escribiendo bajo el seudónimo de Peter Jenson y Astor Marlowe varios libros. Coleccionista infatigable de subliteratura y literatura de kiosco (se dice que tiene la mejor colección de novelas pulp del mundo), se educó sentimentalmente en este material.

Al regreso de su viaje español, y tras una breve pausa que lo llevó a Alemania, Pronzini se estableció en San Francisco y comenzó a producir una serie de novelas en las que pronto destacarán la serie del detective sin nombre, el «nameless» que lo haría triunfar en el disputadísimo mercado norteamericano.

Su promoción del género lo llevó a buscar colaboraciones con otros autores que implicaban colaboraciones de su detective con otros personajes. Trabajó con Marcia Muller, con Collin Wilcox, con Barry Malzberg. Y por tanto el «nameless» colabora con el teniente Hastings, con la detective Sharon MacCone o con los personajes de John Lutz.

Marcia Muller tiene también una importante carrera literaria en la nueva literatura del género en los Estados Unidos. Reivindicando personajes femeninos y surgidos de las minorías raciales, Muller obtuvo un gran éxito con las novelas de Sharon MacCone que hoy comparte aventuras con el detective sin nombre.

Sus antologías del género son memorables y han tenido varias nominaciones al Edgar, el premio mayor de la literatura policíaca norteamericana.

Con el detective sin nombre, a pesar de la desigual calidad de sus novelas, ha tenido premios de la «Private eye writers» para «HOODWINK» y ha sido nominado para el Edgar para la mejor novela por «Stalker».

Etiqueta Negra ha publicado otras novelas suyas, Mercurio (EN 38), Sombras en la noche (EN 47) y Casos de archivo (EN 52).

PIT II

CAPÍTULO UNO

McCONE

La fachada blanca del Hotel Casa del Rey resplandecía con el sol del atardecer. Con sus agujas, gabletes y torres circulares en cada esquina, parecía como sacado de una novela gótica. A mi juicio, era lo más inadecuado que jamás había visto para un congreso de detectives privados.

Conduje mi maltratado MG rojo por el acceso de entrada circular, donde fui intencionadamente ignorada por el mozo del aparcamiento, y lo metí en el aparcamiento lateral. Al salir del coche eché un vistazo a los bien cuidados jardines que se extendían hacia el océano. Había una pareja paseando por el césped camino seguramente de los pequeños bungalows blancos que había entre los jardines tropicales, que por lo demás estaban desiertos. El calor era intenso incluso para agosto, y nadie sensato estaría ahora en la playa o en la piscina.

Cuando saqué el bolso del descapotable me volví hacia el hotel. El Casa del Rey, situado en la isla de Colorado, al sur de la Silver Strand, era toda una institución en San Diego; como lo era su doble, el Hotel del Coronado, también en la isla. Yo visitaba el Casa del Rey desde siempre; primero a buscar huevos de pascua en la zona de los jardines tradicionales, más tarde a los bailes de estudiantes y, por último, a las bodas de viejos amigos. Según recordaba, había pertenecido a una importante familia de La Jolla; de hecho, en los años veinte se ahorcó un miembro de esa familia en

la torre del este, por un romance frustrado según contaban, tras lo cual se dijo que el lugar estaba encantado. Más tarde, hace dos años, fue comprado por un grupo japonés. De todos modos, yo dudaba que hubiera un alma en pena paseándose por los pasillos del Casa del Rey; los japoneses, con su tecnología punta aplicada a los negocios, eran demasiado pragmáticos para permitir ese tipo de asuntos.

Lógicamente también habían cambiado otras cosas. El hotel y sus bien cuidados jardines se habían mantenido antiguamente en un aislamiento perfecto. Ahora colindaban con un grupo de altos edificios —apartamentos o puede que comunidades de propietarios— llamados Coronado Shore. Antiguamente, esperaban a la entrada limusinas con chófer; ahora, autobuses turísticos vomitaban hordas de pasajeros. Las normas de vestir se habían suavizado, y probablemente el servicio sería menos amable. Cambios que encontré por todas partes en este viaje a San Diego, mi pobre ciudad natal.

Subí los grandes escalones de la entrada y me introduje en el frío ambiente del refrigerado vestíbulo. Había colas en la recepción, equipajes amontonados por todas partes y botones de librea que iban de acá para allá. Estas gentes no parecían congresistas. Seguramente serían turistas de uno de los autobuses aparcados fuera. Traté de abrirme paso entre un grupo bastante ruidoso, todos con cámara de fotos, pero como no se movía nadie di una patada a un carrito de equipajes que había a mi lado y me metí entre ellos. En frente había un cartel que indicaba a los congresistas que se dirigieran al entresuelo.

Arriba se estaba mejor, a pesar del ruido que subía del vestíbulo. En el otro extremo, junto a una escalera de caracol que conducía a la en otro tiempo encantada torre del este, había una mesa de recepción atendida por uno de esos tipos escrupulosos y burócratas que siempre hay tras estas mesas. Estaba presidida por una pancarta en rojo y oro que decía BIENVENIDOS, SOCIEDAD NACIONAL DE DETECTI-

VES. Cogí mi chapa y una carpeta de información —bastante abultada y por supuesto llena de documentación sobre los seminarios, las mesas redondas, las conferencias y las películas— y, tal como me indicaban, me introduje en un gran salón que había a la derecha.

A un lado habían instalado una mesa con bebidas y luego estaban los muestrarios de los fabricantes, donde al parecer se exhibía lo más moderno en equipos electrónicos de espionaje. Ya había bastantes personas reunidas hablando entre ellas y aferradas algunas a vasos de vino de plástico. Por edades, oscilaban entre los veinte y los sesenta años; los hombres vestían de todo, desde clásicos trajes de verano a ropa de golf; algunas mujeres llevaban vaqueros, como yo, y otras vistosos trajes largos. Podría haber sido un salón ocupado por agentes de seguros de vida; yo sonreía mientras buscaba a alguien conocido, pensando que un grupo de este estilo podría romper para siempre el estereotipo del detective privado.

Fui hacia la mesa de las bebidas, captando por el camino fragmentos de conversaciones.

—... ¿a qué partes del programa piensa usted asistir?

—No lo sé. Me parecen todas horribles.

—¿Qué le parece el seminario «Relaciones personales entre agentes de la ley y funcionarios del gobierno»?

—¡No me hable!

Personalmente estaba de acuerdo. Yo había aprendido todo lo que se necesitaba saber sobre relaciones interpersonales con agentes de la ley con un teniente de homicidios con el que trabajé en un caso que duró dos años.

—... carísimos los billetes de avión. ¿Cómo no arreglarán eso con el buen negocio que han hecho las compañías aéreas el invierno pasado?

—... me traje a Marie y a los chicos. Esto es lo más parecido a unas vacaciones que vamos a tener este año.

—... ¡ética!, ¡ética!, ¡ética! ¿Por qué todas esas mesas redondas sobre ética?

Finalmente llegué al bar y conseguí un vino. Mientras lo bebía continué buscando por el salón alguna cara familiar, localizando por fin a Elaine Picard. Una mujer muy especial de unos cuarenta y tantos años, que fue supervisora mía cuando trabajaba en el departamento de seguridad de los grandes almacenes Huston, hará unos diez años. Tenía entendido que se había incorporado recientemente al Casa del Rey como jefa de seguridad, y me preguntaba si habría contribuido ella a que el congreso se celebrara en este hotel. Me metí entre la gente para acercarme a ella, pero me detuve a la vista de una segunda figura familiar camuflada en un mostrador de equipos de interceptación de teléfonos.

Era un colega mío, un detective de San Francisco, al que los periódicos llamaron «Lobo, el último detective solitario». Tenía tipo de italiano grandote, de unos cincuenta años y un desaliño confortable, aunque precisamente ahora parecía lejos de sentirse feliz. De hecho, miraba un magnetófono como si fuera a morderle.

Estaba encantada de verle. Además de ser de la clase de detectives que yo respetaba, era todo un caballero con un sentido crónico del humor y una forma de ver la vida algo pesimista, frecuentemente reñida con un idealismo que procuraba ocultar. Nos conocimos hace unos años mientras declarábamos en el mismo proceso, donde descubrimos una común intolerancia a los abusos del sistema judicial, y desde entonces hemos estado en contacto. Las dos veces que le llamé para consultarle algunos asuntos sobre un caso me encontré que por el precio de unas cervezas me ofreció toda su experiencia.

Cuando conseguí situarme detrás de él le puse el dedo índice en la espalda como si fuera una pistola. Se sobresaltó y se dio la vuelta.

—Hola, Lobo —dije utilizando el apodo que tenía para él.

—Sharon McCone. Vaya, qué sorpresa.

—Lo mismo digo.

—¿Te envía esa empresa de segunda para la que trabajas?

—No exactamente. —Tenía razón en la valoración de All Souls, la cooperativa legal donde trabajo. Son agarrados como ellos solos—. Como soy de San Diego, ésta era una buena oportunidad para visitar a mi familia. Yo pongo la gasolina y All Souls paga los derechos de inscripción.

—Deberías buscar un trabajo mejor, Sharon.

—Ya lo sé. Pero, ¿quién me puede dar mejor trabajo? —Observé a Elaine Picard. Estaba hablando con un señor bastante gordo que llevaba una llamativa camisa roja—: Y tú, ¿qué tal? No pensaba que vinieras a cosas como ésta.

La cara se le puso todavía más triste.

—Jamás lo hago. Me dejé convencer por Eberhardt.

Asentí. Eberhardt era su socio y había sido policía en el departamento de homicidios de San Francisco durante muchos años. Observé a mi amigo.

—Pareces más delgado.

—Claro. He adelgazado unos siete kilos y medio.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Muchos huevos. Verdura como los conejos. Y la cerveza fuera.

—¿Qué? —No podía imaginarle sin beber cerveza. No bebía otra cosa, le gustaba muchísimo—. Conque nada de cerveza, ¿eh? ¿Ni siquiera ahora?

—Bueno, la tomo sin alcohol. Agua con sabor a cerveza, pero es mejor que nada.

Me preguntaba cuánto habría tenido que ver su novia Kerry Wade con esta nueva imagen, pero cuando iba a hacerlo una mujer bastante gruesa vestida con un mumú hawaiano, se metió entre nosotros. Me envolvió en una nube de empalagoso perfume y me hizo retroceder, mientras yo sonreía impotente a Lobo. Alguien tropezó conmigo por detrás y el vino se me cayó en la mano. Luego, dos hombres vestidos de ejecutivos se abrieron paso a codazos en-

tre la gorda y yo, quejándose en voz alta de la falta de un bar en condiciones.

Como era inútil tratar de seguir la conversación, le dije:

—Tomaremos una copa en otro momento del fin de semana.

—Claro. Andaré por aquí.

Antes de que los dos hombres terminaran de pasar ya se lo había tragado la multitud. Me di la vuelta y fui en busca de Elaine Picard. Por el camino me detuve en un par de mostradores de equipos de video, cogí varios folletos — inútilmente, ya que All Souls nunca gastaría dinero en equipos de este tipo— y estuve charlando con un atractivo vendedor de detectores de mentiras. Cuando Elaine me vio se le alegró la cara y me saludó.

Pensándolo bien, parecía que éste iba a ser un buen fin de semana.

CAPÍTULO DOS

«LOBO»

El Casa del Rey no era para nada lo que esperaba. Con semejante nombre tendría que haber tenido paredes de estuco, tejas rojas en el tejado y patios llenos de yucas y azulejos españoles. Parecía, sin embargo, típico de los páramos ingleses: un enorme armatoste gótico pintado de blanco, decoración recargada, torres circulares en las cuatro esquinas del edificio principal y banderas ondeando como gallardetes medievales. También había jardines llenos de palmeras y otras plantas tropicales, unas cuarenta áreas de césped muy verde, y los típicos bungalows pequeños para esas gentes que gustaban del aislamiento. Tras el complejo, una plateada franja de playa y el intenso azul del océano brillando bajo el cálido sol del verano.

Pasé con el coche que había alquilado en el aeropuerto por la lujosa Glorietta Bay Marina, frente al Casa del Rey, en la zona de la bahía limitada por la autopista Silver Strand, y lo metí en el aparcamiento del hotel. Vaya sitio para un congreso de detectives privados, pensé mientras pasaba por delante del encargado y aparcaba yo mismo el vehículo. Parecía como si todos fuéramos clientes ricos, nadando en dinero.

Quizá los otros estén nadando en dinero, pensé.

Sudé a chorros en el trayecto del aparcamiento a la puerta principal; debía de hacer treinta y ocho grados y nunca me había llevado bien con el calor. Pero nada más

poner los pies en el lujoso vestíbulo, el aire acondicionado me congeló el sudor y me dejó helado. Tampoco me había llevado nunca bien con el aire acondicionado.

En el mostrador un recepcionista que parecía sacado de un anuncio de moda del *Esquire* reparó en los brillos de mi traje, la camisa arrugada y la corbata de cachemira, y me concedió un oh-usted-parece-uno-de-ésos. Aunque todo lo que dijo fue:

—¿Viene usted al congreso, señor? —Contesté afirmativamente, buscó mi reserva y la firmé. Pero no me dio la llave hasta que comprobó que había pagado los tres días por adelantado y que mi cheque estaba aceptado.

Un uniformado botones insistió en conducirnos a mi bolsa y a mí a la habitación. Estaba en el tercer piso, tenía más o menos el tamaño de un armario empotrado y bonitas vistas a un edificio un poco más abajo, al lado de la costa, sobre el que se leía CUARTEL GENERAL DE LAS FUERZAS NAVALES DE SUPERFICIE, U. S. A. FLOTA DEL PACÍFICO, y que formaba parte de las instalaciones militares de la zona. Obviamente, éste era uno de esos lujosos alojamientos reservados a famosos detectives como yo. Por el momento decidí renunciar al lujo y salí con el botones. Mientras bajábamos en el ascensor le pregunté dónde había que suscribirse para el congreso y me dijo que en el vestíbulo. Así que me fui para allá.

Lo primero que vi fue una gran pancarta de tela roja que decía BIENVENIDOS, SOCIEDAD NACIONAL DE DETECTIVES, en letras de oro. Debajo estaba la mesa de inscripción, y tras ella un individuo con una tarjeta de identificación que indicaba que era vicepresidente de una agencia de Kansas City. Le di mi nombre y me pidió que se lo deletreara dos veces hasta entenderlo. Después me entregó lo que él llamaba una carpeta de información y una tarjeta de identificación a mi nombre. Se suponía que la chapa era para ponerla en la camisa o en la chaqueta, pero yo me la guardé

en el bolsillo. Después, atravesando una puerta, fui donde me indicó el tipo. Era un salón ruidoso y lleno de gente, con mostradores por todas partes y una mesa con bebidas.

Casi todas las personas que había eran hombres; aunque hubiera más mujeres de las que esperaba, incluso teniendo en cuenta que muchas serían esposas o novias. La mayoría de ellos y ellas parecía joven, demasiado joven como para haber tenido gran experiencia como detectives privados. Y muchos tampoco *parecían* detectives: en el salón no había trincheras, ni se veían bultos de pistola bajo el sobaco. Camisas hawaianas, mumús, y un tío en bermudas. A no ser por los mostradores y los equipos que exhibían, podría haberse tratado de un grupo de turistas esperando para una fiesta hawaiana.

Respiré hondo y me metí entre ellos. Nadie se fijaba en mí. Y ninguna de las caras me resultaba familiar. A mis cincuenta años jamás había asistido a un congreso de éstos, aunque conocía a bastante gente de la profesión; tenía que haber *alguien* conocido por aquí. Un salón lleno de extraños. Me hacía sentirme mayor, fuera de onda, y seguramente anticuado.

Definitivamente los materiales que se exhibían en los mostradores me hacían sentirme anticuado. Últimas novedades en equipos electrónicos de espionaje; todo, desde grandes radares al micrófono oculto en la aceituna de un martini inventado por Hal Lipset; lo más variado de San Francisco en material para detectives, para casa, coche y uso personal. Magnetófonos, cámaras de video, micrófonos ocultos, interceptadores telefónicos. Cámaras fotográficas, tanto convencionales como para espionaje. Ordenadores domésticos y de empresa. Incluso un detector de mentiras, y un individuo que hacía demostraciones. En uno de los mostradores, dos tipos muy serios hablaban de un «worblegang veeblefetzter» o algo así, en una lengua que sonaba a inglés pero que podría haber sido servocroata por lo bien que la entendía yo.

Me paré en otro mostrador a observar un revoltijo de cables y otros aparatos, que según el cartel eran «lo más avanzado en grabadoras de voz multidireccionales». Pensé que si tuviera que aprender a manejar una de estas cosas para hacer mi trabajo, tendría que dedicarme al cultivo de vegetales para ganarme la vida. En ese momento alguien me puso algo en la espalda y me sobresalté ligeramente.

Cuando me di la vuelta vi el rostro sonriente de alguien a quien por fin conocía: Sharon McCone, una de las mujeres que había ingresado en la profesión en los últimos años y que, como yo, venía de San Francisco. Tenía un rostro atractivo de pronunciados pómulos, piel oscura y un largo cabello negro que delataba su sangre india shoshone. Tenía también una bonita figura, pero era veinte años más joven que yo, y no quería que me creyera un viejo verde por observarla detenidamente. Aparte de eso, ella me provocaba latentes sentimientos paternales por alguna razón. Quizá fuera en parte porque yo sabía que se había visto alguna vez en apuros y que tenía suerte de estar viva. Apenas soy un hombre chovinista aunque mi novia, Kerry Wade, a veces me acuse de ello; creo que las mujeres tienen que ser y hacer lo que les venga en gana, y recibir el mismo dinero por su trabajo. Pero eso no me libraba de sentimientos protectores hacia McCone.

Me hizo una señal con un dedo —que era lo que me había puesto en la espalda— y alegremente dijo:

—Hola, Lobo.

Procuré poner buena cara. Lobo. Había sacado eso de un artículo publicado hace unos años en un periódico, en el que cierto periodista amarillo tonto del culo se había referido a mí como «Lobo, el último lobo solitario de los detectives privados». Cuando otras personas me llaman así me molesta y les digo que corten. Pero con McCone no valía la pena. Sólo sonreí y me lo tomé como un padre viejecito.

Pero a pesar de todo estaba encantado de verla y por eso le sonreí con una auténtica sonrisa.

—Sharon McCone —dije—. Vaya, qué sorpresa.

—Lo mismo digo.

—¿Te manda esa empresa de segunda para la que trabajas?

—No exactamente. Como soy de San Diego, ésta era una buena oportunidad para visitar a la familia. Yo pongo la gasolina y All Souls paga los derechos de inscripción.

All Souls es la cooperativa legal donde ella trabaja, que se ocupa de los procesos legales de personas con pocos medios, algunas de ellas con antecedentes bastante dudosos. Era un trabajo serio, pero eso no hacía más agradable trabajar allí.

—Deberías buscar un trabajo mejor, Sharon.

—Ya lo sé, pero ¿quién me puede dar mejor trabajo? —Desvió los ojos un instante como si alguien de entre la gente hubiera captado su mirada. Luego dijo—: Y tú ¿qué tal? No pensaba que vinieras a cosas como ésta. *

—Jamás lo hago. Me dejé convencer por Eberhardt.

Ella asintió y después me miró de arriba a abajo, como si se estuviera dando cuenta de que tenía menos carnes que la última vez que nos vimos. Como con aprobación me dijo:

—Pareces más delgado, Lobo.

—Claro. He adelgazado unos siete kilos y medio.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Muchos huevos. Verdura como los conejos. Y la cerveza fuera.

—¡Qué! Conque nada de cerveza, ¿eh? ¿Ni siquiera ahora?

—Bueno, la bebo sin alcohol. Agua con sabor a cerveza, pero es mejor que nada.

Ella iba a decir algo, pero una señora gorda con un mú que era como una explosión en una fábrica de pinturas se metió entre nosotros. McCone retrocedió, y alguien tropezó con ella y derramó la copa de plástico que tenía en las manos, al tiempo que alguien más se metía en mi ca-